



## ¿Querés llevarte un libro? Oportunidades para nuevas lecturas

**Adolfo Marcelo Lamas \***

### Contextualización

El Colegio Cristiano de la Villa es una escuela secundaria situada en la localidad de Villa Pehuenia, en la provincia del Neuquén. Esta villa turística se encuentra cerca de la frontera con Chile, al pie de la cordillera de los Andes. La escuela es una institución joven, dado que inicia sus actividades en el año 2006. La gran mayoría de los alumnos proviene de familias que viven en la localidad y en menor porcentaje de parajes rurales próximos, como Moquehue o Lonco Luan. La población estudiantil es heterogénea dado que los alumnos representan a familias que provienen de zonas urbanizadas como Buenos Aires, Córdoba o Rosario; de familias que residen en la localidad desde hace mucho tiempo y de núcleos familiares en tránsito por la localidad puesto que trabajan durante la temporada turística alta en los meses invernales y luego regresan a sus comunidades de origen dentro del mismo territorio provincial. Los padres tienen diferentes oficios: son dueños de cabañas u hosterías, comerciantes, pertenecen a la administración pública, realizan trabajos temporarios o domésticos, etc. Un porcentaje del total de los alumnos (aproximadamente el 40% de ellos) corresponde a núcleos familiares de la comunidad originaria mapuche Puel y Catalán. La escuela es de gestión privada, confesional (cristiana evangélica) y posee una modalidad de jornada completa respecto del dictado de las clases. Brinda a los adolescentes el desayuno y el almuerzo semanalmente.

El presente texto tiene como propósito dar cuenta de las voces, actitudes y percepciones manifestadas durante el desarrollo de una actividad previa a la maratón de lectura realizada en el colegio durante el mes de septiembre de 2011. La propuesta consistió en disponer en los pasillos de la escuela de una *mesa de lectura*. Sobre la mesa se colocaron textos literarios diversos con el fin de que los alumnos los

---

\* Adolfo Marcelo Lamas es Profesor de Lengua y Literatura egresado del IFDC N° 1 de la ciudad de La Quiaca, provincia de Jujuy. Actualmente ejerce sus tareas docentes en el CPEM 86 Costa del Malleo, una escuela rural ubicada a 20 km de la localidad de Junín de los Andes. Participó como expositor recientemente en las *Terceras Jornadas Internacionales de Investigación y Prácticas en Didácticas de las lenguas y las literaturas* en la ciudad de Bariloche. Junto al grupo de *Cuenteros Comunitarios* de San Martín de los Andes, colabora en la actualidad con el proyecto artístico comunitario denominado "La plaza de los cuentos" bajo la dirección de la escritora y narradora oral Irene Lozza.

[aml2680@hotmail.com](mailto:aml2680@hotmail.com)

eligieran y se los llevaran a sus casas para leerlos. Resulta interesante señalar que, si bien la actividad fue positiva, fueron las palabras, los silencios y las acciones de la comunidad escolar frente a los objetos libros y al espacio en sí mismo lo que me motivó al registro de esta experiencia que quisiera compartir.

### **Un camino hacia la lectura**

Como mencioné anteriormente, la mesa de la lectura fue una actividad previa a la realización de la tercera maratón de lectura que se realizó en el mes de octubre del 2011. La propuesta consistió en disponer de dos mesas en el hall de la escuela.

Sobre las mesas se colocaron la mayor cantidad de textos literarios pertenecientes a la institución. Cabe aclarar que por ser considerada una escuela de gestión privada, la misma no recibe el material ni muchas de las herramientas didácticas que el Ministerio de Educación provee a las escuelas públicas, de tal modo que cuenta con una cantidad de libros mínima.

Traté de ser muy cuidadoso en la selección del material, dado que me interesaba que los alumnos pudiesen disponer de textos literarios específicamente. A pesar de no poseer una amplia gama de textos ficcionales, la mesa presentaba a los alumnos libros de diferentes géneros, escritores, épocas y temáticas. Quiero aclarar que esta nueva instancia de acceso a los libros tenía una doble intencionalidad. La primera estaba asociada directamente a la maratón de lectura próxima a realizarse y la segunda tenía que ver con lograr poner en circulación los textos dado que el colegio no cuenta con una biblioteca y por ende con el cargo de bibliotecario. Los libros y manuales escolares se encuentran ubicados en la sala de profesores dentro de un enorme armario. Es así que, a menos que los docentes al realizar una actividad les pidan a los alumnos que busquen libros en este lugar, los textos permanecen en cierta medida aislados de un posible contacto con los alumnos.

El espacio llevó el nombre de “Libros que van y vienen”, título que aparecía escrito sobre una tela que colgaba a modo de cartel en el lugar dónde se colocaron las mesas con los libros. Durante los cuatros viernes del mes de septiembre, me ocuparía de colocar las mesas y los libros. Comenzaba a las 14 horas, hasta las 16 aproximadamente. A veces me quedaba unos minutos más porque los alumnos que tenían que regresar a sus hogares y esperaban el transporte escolar se acercaban a la mesa en esos momentos. La consigna era muy sencilla: los alumnos después de observar los distintos textos, podían llevarse solamente un libro y lo tenían que devolver el siguiente viernes. Si el alumno/a decidía seguir leyendo el libro que había escogido, tendría que acercarse a la mesa y avisarme, caso contrario simplemente lo devolvía y si tenía interés podía llevarse otro.

La entrega del material se registraría en una planilla en donde se consignarían los datos del libro y del alumno/a. Es importante aclarar que la propuesta (modalidad, tiempo, condiciones y puesta en marcha) se coordinó con los aportes de la asesora pedagógica y la directora de la institución en una charla previa.

### **Inicia la experiencia**

En el colegio se realiza semanalmente, cada viernes antes del almuerzo, una asamblea general en la que se tratan temas referidos a la convivencia, actividades y proyectos de la institución. Aprovechando la reunión de toda la comunidad escolar, el primer viernes de septiembre se me cedió un momento para dar a conocer la actividad a todos los alumnos. La idea en principio no generó mucha expectativa, de hecho pude observar que tanto alumnos como profesores o el personal de maestranza no realizaron mayores consultas ni preguntas en ese momento.

Concluido el almuerzo y ya instalado en el hall detrás de las mesas como lo haría un comerciante que ofrece sus productos en una plaza o en un local, me dispuse a esperar a los posibles interesados. Quisiera agregar aquí que no tenía demasiada idea en cuanto a cómo iba a funcionar la propuesta, si daría lugar a que los alumnos finalmente llevaran algunos de los textos o si todo redundaría en un total fracaso. Luego de pasados unos quince a veinte minutos aproximadamente, los chicos y chicas empezaron por momentos, solos o en grupos pequeños, a acercarse a las mesas con los libros. Entre tanto, personal docente transitaba por el lugar sin reparar demasiado en el espacio y el personal de maestranza directamente no se acercaba hasta el lugar, a pesar de estar realizando tareas de limpieza o de reparación a metros de donde yo me ubicaba. Entre mis primeros visitantes pude apreciar reacciones varias. Los rostros indicaban en algunos casos sorpresa, en otros, indiferencia, también cierta curiosidad. Empecé a recibir las primeras consultas sobre cuántos libros podrían llevar o por cuánto tiempo.

A medida que los alumnos iban descubriendo la lógica de la propuesta, se empezaron a escuchar comentarios tales como: *“Profe, si me llevo un libro, ¿lo tengo que leer todo?”* o *“¿Qué pasa si no lo leo, me ponen mala nota?”* Estas primeras preguntas lograron generarme ciertas inquietudes que luego, una vez finalizada la actividad, seguían estando presentes en mis reflexiones sobre esta primera experiencia, puesto que sin lugar a dudas están expresando modalidades de lectura instaladas en el imaginario del alumnado. Una lectura es válida, al parecer, si se lee todo el libro o si sólo sirve para obtener una buena nota.

Para el caso de la segunda pregunta es interesante, además, pensar: ¿por qué es que el alumno la realizó en plural? ¿Quiénes son esos “otros” que le pondrían una “mala” nota? ¿El resto de los

profesores? ¿Manifiesta la pregunta un imaginario sobre la lectura relacionado con el control de aquellos que detentan el saber? Aclaro aquí que en la institución tengo a cargo, de primero a quinto año, todas las horas de la materia Lengua y Literatura (a cada año corresponde un único curso).

Un alumno, mientras sus compañeros de curso pasaban por el lugar, dijo dirigiéndose a ellos: *“Miren, me estoy llevando un libro, soy buen alumno”*. Otro alumno expresó lo siguiente: *“Profe, yo quiero uno que hable del invierno”*. Pregunté entonces por qué quería un libro con esa temática, a lo que el alumno respondió: *“Es que es mejor, cuando lees, es como si estuvieras viviendo la historia”*. Otros comentarios de alumnos que se acercaron a la mesa fueron: *“Me llevo un libro así voy a ser más inteligente”*; *“No me gusta leer”*; *“No, yo no leo, es para los que estudian”*. Otro alumno manifestó, con respecto a la tapa de una obra de Stevenson, *El extraño caso del Doctor Jekyll & Mr. Hide* (material difundido por el Ministerio de Educación) su sorpresa y casi enojo cuando dijo: *“Mire, las cosas que tiene para leer”* pues en la tapa del material aparece la imagen del doctor Jekyll transformado en un monstruo.

Quiero hacer notar que el primer libro que se retiró fue por parte de la profesora de Matemáticas de la institución. Esta docente, en conversaciones previas conmigo, manifestó muchas veces cierta aversión a la lectura. Entre los chicos que llevaron libros estuvieron aquellos que en otras situaciones (por ejemplo, en la clase de Lengua) demostraron poseer cierta familiaridad con los textos ficcionales y la lectura. En un momento de la tarde, cuando parte del alumnado estaba en el aula, por el lugar pasó Josefina, quien se encarga de preparar el desayuno y el almuerzo en la escuela. Con esta persona tengo un trato de confianza y de cordialidad. Le realicé la invitación para que pudiese acercarse y, si así lo deseaba, llevarse un libro. Ella respondió: *“Eso no es para mí, los libros son para los profesores”*.

Antes de que los alumnos pudiesen llevarse los libros, les entregué un folleto pequeño con una serie de recomendaciones sobre la preservación y cuidado del material. Durante el primer viernes hubo un total de 25 alumnos que se llevaron libros para leer en sus casas.

### **Leer ¿para qué?**

Para el siguiente viernes, la propuesta inició bajo la misma modalidad. Una vez que los alumnos terminaron de almorzar, se acercaron a la mesa ya con los libros a disposición. En esta ocasión buena parte de los alumnos que no se había acercado el primer viernes, lo fue haciendo de forma progresiva. Los chicos que habían llevado sus libros, los devolvieron casi en su totalidad. A medida que iban devolviendo los libros les preguntaba de manera muy informal qué les había parecido el cuento, la historietita o el texto que habían llevado. Las respuestas y comentarios fueron variados: *“Estuvo bueno”*,

*“No alcancé a leerlo todo”, “Me gustó, ¿tiene otro como éste?”. Otros alumnos cuando se acercaban preguntaban: “Profe, ¿cuál me recomienda?”, “¿No habrá alguno de tiros y esas cosas?”, “¿Tendrá alguno de historietas, tipo Batman?”, “Profe, a mí me gusta El Señor de los Anillos, ¿no me consigue uno para el otro viernes?”*

En cuanto a las clases de textos literarios que los alumnos eligieron, fue muy variada la elección. Sobresale la preferencia por la narración y la poesía. La serie *Leer x leer* y *El libro del Bicentenario para secundaria 1 y 2* fueron algunos de los más exitosos en este sentido. Clásicos de la literatura universal como *El Lazarillo de Tormes*, *El Mío Cid*, *La Chanson de Roldan* y *El Quijote de la Mancha*, también fueron seleccionados. Algunas de estas obras circulan a partir de publicaciones que ofrecen versiones acortadas, preparadas para un público adolescente.

Uno de los alumnos de primer año me preguntó: *“Profe, ¿para cuándo tengo que tener leído el libro?, ¿va a tomar una prueba de esto?”*. Ante esta insistencia en la asociación entre la lectura y la evaluación y el control; le respondí que sólo se trataba de que los chicos de la escuela tuviesen libros a disposición para que leyeran en el momento que quisieran. Resultó interesante la reacción del alumno: en un primer momento pareció desorientado, luego quiso que le diera más detalles de lo que esto significaba. Llama la atención en los comentarios de los alumnos como otros miembros de la comunidad escolar, que la lectura se encuentre tan ligada a la obligatoriedad o al utilitarismo. Cuando alguna de las dos nociones son evocadas de forma difusa se manifiesta, casi de manera automática, el sinsentido de la idea de leer sólo por ocio. Las siguientes expresiones parecen manifestar esta realidad: *“¿Para qué hay que leer?”, “Si llevo un libro ¿no me ponen nota? ¡Entonces no llevo!” “Profe, ¿me sube un puntito en Lengua si me llevo el libro?”*. La configuración de una “lectura” atravesada en todo momento por el mandato institucional (en este caso, escolar) obliga a repensar cómo esta categoría, ligada de por sí al hábito y al gusto personal, se imbrica directamente con la imposición y el displacer. Si bien la escuela tiene un mandato y las actividades están asociadas a las tareas que se les presentan a los alumnos para que las realicen como parte de un sistema de calificación y acreditación, no estaría demás pensar qué lugar tiene en la escuela la lectura como una actividad profundamente personal e íntima que, ligada a los textos de ficción, adquiere mayores dimensiones puesto que sitúa al lector en un lugar donde se le pide que acepte un trato, el creer por un momento que la historia que está leyendo, acontece. La lectura como espacio para la imaginación, la evasión y la vinculación con el mundo a través del hecho artístico tal vez no esté teniendo el lugar que merece en la escuela de hoy.

Emergió también otra dimensión asociada a las significaciones que se les otorga a la lectura. La idea de que prestigia socialmente. Este sentido es el que dejó traslucir Josefina, la cocinera del colegio, durante

aquel breve intercambio el primer viernes antes de finalizar la jornada al rechazar mi invitación para que pudiera llevarse un libro, aduciendo que eso no era para alguien como ella.

Durante la semana posterior a la primera experiencia realizada y durante una conversación informal en la cocina de la escuela, Josefina me manifestó que ella ya había terminado de estudiar y que por esa causa no necesitaba seguir leyendo. Durante el segundo viernes pude apreciar la reiteración de la negativa a mi invitación. Para el segundo encuentro, además, la cantidad de chicos que llevaron libros disminuyó: esta vez fueron 16 alumnos los que quedaron registrados en mi planilla.

### **Libros que buscan lectores**

Para el tercer viernes en el que se dispuso de la mesa con los libros, la afluencia de los chicos que se acercaron fue similar a la del encuentro anterior. De igual forma, y ya un poco más habituados a encontrarse en el pasillo de la entrada de la escuela con la propuesta de lectura, los alumnos manifestaron interés por los libros expuestos.

Noté que los primeros alumnos que se acercaron a la mesa fueron aquellos que ya poseían un trayecto personal como lectores. Es decir, tenían gustos desarrollados por algún género en particular o algún escritor. Leían por sí mismos sin que mediara lo escolar en esto. Otros estaban leyendo alguna novela que habían elegido personalmente en la biblioteca popular del pueblo. Deseo destacar aquí a Camila, una alumna de cuarto año, quién me manifestó su gusto por las novelas policiales. De hecho me prestó una de las que había leído llamada *El psicoanalista* del escritor John Katzenbach. Esta literatura que esta alumna estaba leyendo podría considerarse literatura para adultos. Cuando le pregunté en una ocasión porqué elegía este tipo de texto y no otro, me contestó que se sentía muy cómoda leyendo este género y que le parecían bastantes superficiales aquellos que yo había mencionado como posibles lecturas durante el ciclo escolar.

En esta ocasión se acercaron algunos miembros del personal de la escuela de manera fugaz. La directora cuando pasaba por el lugar me preguntó: “¿Cómo vas?, ¿los chicos llevaron libros?”. En tanto que el preceptor al acercarse me dijo: “Yo quiero leer un libro por lo menos en este año”. Una de las docentes, la profesora de Geografía, sólo miró los libros sin realizar comentario alguno.

Cuando parte de los alumnos empezaron a entrar a las aulas al toque de timbre, de forma espontánea se acercó Josefina a la mesa. Sin mediar en comentarios me hizo una pregunta muy directa: “¿Cuál me puedo llevar?”. Sorprendido, le pregunté sobre qué tema le gustaría leer. Me dijo que podría llevar algo relacionado con la vida del hombre de campo. La segunda pregunta que Josefina realizó mientras

hojear los libros fue: “¿Me vas a tomar prueba cuando lo devuelva?” Ante la broma, contesté que no iba a hacer falta. Finalmente se llevó un libro que, a modo de antología, reunía una recopilación de relatos, anécdotas, leyendas e historias referidas a las costumbres del hombre de campo argentino. El número de chicos que llevaron libros se mantuvo en la media anterior.

Por causa de una actividad escolar que también se realizó durante el último viernes del mes, no se pudo disponer de la mesa con los libros. Entonces, decidí posponer la actividad para la semana siguiente. El día elegido para hacerlo fue el miércoles. El número de alumnos que llevó libros en esta ocasión fue mucho menor a la de los anteriores encuentros. En total hubo 9 alumnos que llevaron libros ese día. Quizás el atenuante más significativo fue el hecho de que gran parte del alumnado no se encontraba en el colegio en aquel momento.

Las palabras intercambiadas con Josefina una semana después de su repentina decisión de llevar un libro merecen un párrafo aparte. Cuando me acerqué a la cocina para servirme el desayuno me encontré con “tía Jose”, como todos la llaman cariñosamente. Al preguntarle por la lectura del libro que se había llevado el tercer viernes, contó que se peleaba con su marido por leerlo, pues los dos querían hacerlo al mismo tiempo. La expresión que utilizó fue: “*Está muy bueno el libro, habla de la gente de campo y de lo que les pasa*”. Y me permito aquí contar la alegría que significó para mí, como facilitador de los libros, escuchar estas palabras. Si hay algo que no esperaba era que ella se encontrara con la experiencia de disfrutar del texto que había llevado.

### **Palabras al borde de la mesa**

Luego de ir registrando la actividad y notar que el espacio estaba permitiendo que finalmente los libros circularan en manos de potenciales lectores, me sentí motivado a darle continuidad a la propuesta durante los dos meses siguientes.

Me parece oportuno destacar algunas ideas que surgen de la experiencia y me animo a permitir que no signifiquen una clausura de otras lecturas y planteamientos que seguramente los lectores de este texto realizarán. En primer lugar, el hecho de ponerme en contacto con los alumnos por medio de la *mesa de lectura*, me permitió desde un momento y un espacio menos formal, hablar de los libros, la literatura, de los géneros y de los temas que se tratan en ellos. Poder recibir, a su vez, los comentarios de los alumnos manifestándome el gusto por lo que habían leído o su rechazo por la elección de un texto, también me situó en un ámbito más ameno y menos coercitivo para poder simplemente acompañar o sugerir otros textos.

El espacio también puso al descubierto diferentes concepciones respecto de la lectura en el ámbito escolar. Pensar en la lectura a partir de la sanción y desde el mandato fue lo que las palabras de los alumnos/as pusieron en evidencia; por supuesto, con otras voces implicadas, como lo son las de los docentes que seguramente habíamos insistido en este tipo de mensaje reiteradas veces. Como lo expresé con anterioridad, tal vez sea necesario replantearse como escuela qué tipo de lectura estamos exigiendo a nuestros alumnos y bajo qué modalidad. Si se piensa la lectura asociada a los textos ficcionales, ésta no resiste amenazas ni sanciones. El encuentro de los alumnos con un hecho cultural, con una forma de concebirse y concebir el mundo a partir de la imaginación y la originalidad del texto literario, sin dudas, es algo que transita por otros caminos, lejos de los marcos institucionales que intentan disciplinar y reglamentar lo que acontezca en ellos. Lectores avezados como Camila, la alumna de 4to año y su gusto por el policial negro ¿tienen posibilidades reales de enriquecerse en las clases de Lengua y Literatura como lectores? Esta es una pregunta que me hice y me sigo haciendo cada vez que estoy en medio de una clase de Lengua y Literatura frente mis alumnos. En este sentido apunta María Teresa Andruetto, citando a Pierre Bourdieu:

Confío en la capacidad cognoscitiva de la ficción, esa mentira que permite ver intensamente la realidad. Confío en sus mecanismos para abrir nuevas miradas sobre el mundo que impliquen cuestionar lo existente. Una de las funciones del acto creativo, acaso la más importante, es la de defendernos contra diversas formas de presión, protegernos contra los abusos simbólicos del poder de los que somos objeto. (Andruetto, 2009: 79)

Esta capacidad y sus implicancias son las que tal vez no se deban perder de vista durante la tarea de proponer actividades de esta índole.

Resulta pertinente señalar también que la comunidad escolar, como fue nuestro caso, tiende a seguir ciertas pautas y conductas que se condicen con la rutina escolar, con un continuum que cristaliza las prácticas de los sujetos intervinientes. Es así que son modos de hacer y accionar, esquemas o rutinas didácticas que están interiorizados en los docentes y alumnos, de manera tal que se vuelven inconscientes y reproducen sin indagar el origen de ese arte de hacer... Es decir, las tradiciones escolares establecen modos de pensar la enseñanza de las disciplinas como prácticas automáticas –en el sentido de que no tienen una explicación racional o responden a una decisión docente, sino que se hacen por inercia o, mejor dicho, porque están instituidas como prácticas en la memoria histórica de los docentes (Sardi, 2006:22). Aquí podríamos ubicar las modalidades de lectura que manifestaron los alumnos. Forma parte del discurso escolar, por tradición o por repetición, la idea de que hay que leer. Ante el riesgo de la rutina y la acción mecánica que implica decir y exigir, sería interesante pensar desde qué otros lugares y modos de enunciar se puede propiciar el espacio para la lectura, espacios en los que,



sin dejar de reconocerle que está asociada el ocio, también sea la que nos permita desarrollar la tarea diaria de enseñar la disciplina Lengua y Literatura.

Por último, es útil considerar que la lectura es una práctica que merece repensarse desde una reflexión teórica seria, puesto que su práctica cotidiana en las aulas puede conducir a la mecanización o al empobrecimiento en los términos ya antes mencionados. La lectura forma una pareja indisoluble con otra acción muy importante: la escritura. El desafío se torna mayor al pretender pensar la vinculación que ambas mantienen como objetos de enseñanza y de reflexión en nuestras prácticas cotidianas. La naturaleza del texto ficcional puede ser subsidiaria de estas dos acciones que se retroalimentan. En síntesis, como lo expresó certeramente Gloria Pampillo hace tiempo, haciendo referencia al taller de escritura como espacio para la creación: el propósito no sólo es que haya propuestas escolares basadas en marcos teóricos sólidos, sino también que aspiren a hacer de esas prácticas, prácticas que resulten felices y placenteras en su dimensión más profunda.

## **Bibliografía**

Andruetto, María Teresa (2009): *Hacia una literatura sin adjetivos*. Editorial Comunicarte. Serie La Ventana Indiscreta.

Sardi, Valeria (2006): *Historia de la enseñanza de la lengua y la literatura* Cap. 1: "Memorias históricas y prácticas de la enseñanza". Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Pampillo, Gloria (1982): *El taller de Escritura. Didácticas del lenguaje y la Comunicación*. Editorial Plus Ultra. Serie Estudio Sistemático de la Lengua.

Petit, Michèle (2001): *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*. México, Fondo de Cultura Económica (FCE). Espacios para la lectura.